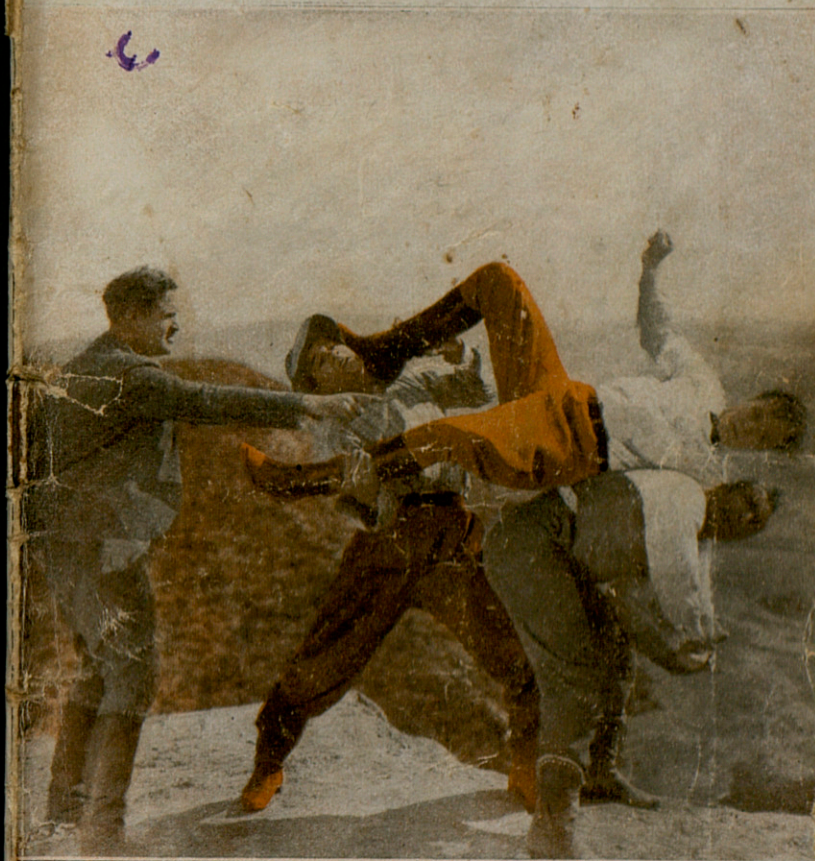


# El secreto de la Radio

por Jack  
Dangherty



**BIBLIOTECA TREBOL**

**N.º 64**

Publicación semanal **PRECIO: 25 CÉNTS.**



BIBLIOTECA TRÉBOL

THE RADIO DETECTIVE

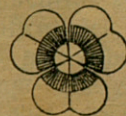
1925

# El secreto de la Radio

Versión literaria de esta película,  
interpretada por el notable actor  
**JACK DANGHERTY**

por  
**CRÍSPULO GOTARREDONA**

Exclusiva  
**HISPANO AMERICAN FILMS**  
Calle Valencia, 233 :: Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**PARÍS, 204 - BARCELONA**



# El secreto de la Radio

Versión libre de esta película  
interpretada por el notable actor  
**JACK DANGERFIELD**

CRISTÓBAL BOTAREDO

EXCLUSIVO  
HISPANO AMERICAN FILMS  
Calle Valeriano, 283 - Barcelona



19 100  
MINISTRACION  
BARCELONA  
:: TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::  
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL  
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112  
: TELÉFONO G-104 : BARCELONA

## EL SECRETO DE LA RADIO

Enrique Evans, el simpático y popular jefe de los exploradores y perito electricista, inventor de la evansita, maravillosa substancia que por medio de un ingenioso aparato, también de su invención, podía transmitir y recibir ondas hertzianas sin corriente eléctrica ni antenas, había sido llamado por el Consejo de Administración del Sindicato Radioeléctrico, poderosa organización industrial.

— ¿Por qué me habrán llamado? — preguntaba a su acompañante e íntimo amigo Juan Kennedy, mientras subían la soberbia escalinata del edificio del Sindicato.

— Ya falta poco para saberlo, amigo Evans, aunque me supongo que ese Stannard, que es muy largo de vista, quiere comprarte la evansita... — respondió Kennedy.

No andaba descaminado Kennedy al afirmar esto. El Sindicato Radioeléctrico que aspiraba a conseguir el dominio de los mercados del mundo en los productos de su especialidad, se interesó en seguida por el maravilloso invento del joven electricista.



— Tendré el mayor gusto en acceder a sus deseos y demostrarle con una prueba las admirables condiciones de mi nuevo elemento radioactivo.

La prueba se efectuó en el acto, ante un magnífico receptor. Los individuos del Consejo quedaron maravillados y el presidente felicitó a Evans efusivamente y le dijo :

— Ofrezco a usted participación en el Sindicato si nos cede la propiedad de su invento. Con su descubrimiento podríamos dominar el mercado y hacer que el público pagase lo que se nos antojase...

— Precisamente esto es lo que yo quiero impedir — exclamó Evans. — Mi elemento es un descubrimiento de mi padre, perfeccionado por mí, y su deseo al morir fué que sirviera de beneficio a la humanidad...

El presidente insistió con calma. No comprendía que un hombre, bajo pretexto de escrúpulos sentimentales, perdiese una ocasión tan magnífica para enriquecerse.

— No, no... — decía Evans — yo he perfeccionado el procedimiento y la evansita puede producirse a un precio de coste tan bajo, que los más humildes podrán disfrutar de sus beneficios.

El presidente del Sindicato no era un hombre desprevénido. Mientras hacía estas proposiciones al inventor de la evansita, tenía preparados, no lejos de allí, a un grupo de auxiliares, llamémosles así, dispuestos a eje-

cutar sus órdenes. El Sindicato se había propuesto adueñarse del invento, fuera como fuera y costase lo que costase, y si el escrupuloso inventor no se avenía razonablemente a cederles la explotación del mismo mediante unas condiciones que le harían millonario, se apoderarían de lo que tantos sudores le había costado. Sabían que Evans no había registrado la propiedad del invento por tener aún en estudio algunas modificaciones insignificantes y si ellos podían apoderarse del aparato y sacar la patente, no incurrían legalmente en ningún delito.

El más significado de los auxiliares del poco escrupuloso presidente, era Vario, con el cual se puso en comunicación cuando Evans y su amigo abandonaron el salón.

— ¡Evans se ha negado a vender! ¡Consiga la evansita a cualquier precio! — le dijo por telegrafía.

Vario se hallaba dispuesto, como dijimos, en unión de varios individuos contratados ex profeso. No hay que decir que allí figuraba lo peor de lo peor. También se encontraban con él su hermana Florencia y el pequeño Roberto Nawkins, un huérfano cuya gran afición a la radio había hecho caer bajo el poder de Vario. Este dispuso, seguidamente, el plan para apoderarse de la evansita.

— Oye tú, Roberto : vé a mi yate y dile al capitán que esté todo dispuesto para hacernos a la mar. Nosotros iremos a hacer un



registro en la casa de Evans. Aprovecharemos la ausencia del ingeniero que esta tarde ha de tomar parte en un partido de pelota.

Mientras tanto, el ingeniero y su acompañante llegaron a casa de éste.

Con Kennedy vivían sus sobrinos y pupilos Rosario y Benjamín Adams. Rosario, bella muchacha que frisaría en los veinte años, era la novia oficial del ingeniero, y Benjamín, un muchacho fuerte y alegre, se distinguía como el mejor explorador.

Los recién llegados fueron recibidos por Rosario.

— Yo iré al partido de esta tarde y si tu equipo no gana, me voy a pelear contigo...

— dijo jovialmente Rosario.

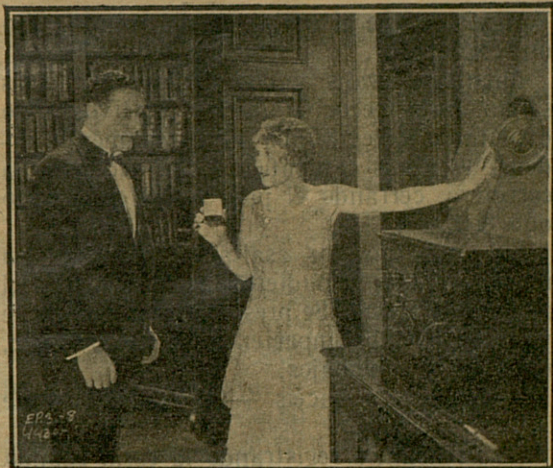
Poco después se despedía Evans. Kennedy le acompañó hasta la puerta.

— Espera. No te lleses la evansita a Villa Radio — le aconsejó. — Vale más que la dejes aquí. Estará más bien guardada.

Evans le entregó el estuche, que contenía el precioso elemento, que tenía exactamente la forma de un cristal tallado como un gran diamante.

Antes de dirigirse al partido, el jefe de exploradores se acercó al campamento, donde tenía que celebrarse un concurso.

Después invitó a unos cuantos exploradores al partido y se dirigieron al campo de deportes donde su equipo ya le esperaba con impaciencia, pues era el mejor refuerzo, como así



*Lo que he perdido no era un diamante, sino la evansita*  
demostró, pudiendo gracias a su esfuerzo salir victoriosamente.

Entretanto, la cuadrilla de Vario llegaba al chalet de Evans, donde tenía el laboratorio eléctrico y documentos relativos a su invento. Lo revolvieron todo, pero no pudieron encontrar lo que buscaban.

Cuando Evans llegó a su chalet, huyeron precipitadamente.

— ¡Han venido a robarme la evansita! — exclamó el ingeniero al darse cuenta del desorden que reinaba en la habitación.

— Pues los ladrones no deben estar lejos.



Todavía se oye el motor de un auto — dijo un explorador.

Mientras Evans y dos exploradores más salían en persecución de los fugitivos, otro explorador telegrafiaba al campamento ordenando a sus compañeros que ocupasen la carretera, cerrando el paso a cualquier auto que cruzara.

Sin embargo, los asaltantes llevaban ya mucha ventaja y pudieron ponerse fuera del alcance de Evans. Se presentaron a Vario que ya les aguardaba impaciente a bordo del yate, mohinos y cabizbajos.

— Mala cara hacéis — exclamó lleno de ira.

— Estábamos registrando la casa, cuando Evans llegó y tuvimos que huir...

— ¡Imbéciles! ¡Estúpidos! — gritaba Evans dando fuertes patadas en el suelo, lleno de furor.

Cuando estuvo un poco calmado, preguntó a Roberto Nawkins:

— ¿Te acuerdas de la clave que te enseñé manipulando un aparato regenerador?

El muchacho asintió.

— Pues yo ahora voy en busca de la evansita y ustedes se quedan aquí hasta recibir las órdenes que les transmitiré por medio de la clave que Roberto ya conoce.

Su plan era asistir al baile que aquella noche daban en casa de Kennedy, pues tenía casi la convicción de que Evans llevaría con-

sigo la evansita, temeroso de otra visita de los asaltantes de la tarde.

Kennedy había guardado el estuche de la evansita en su caja blindada, donde Rosario, que conocía el secreto, tenía depositadas sus joyas. Al ir a sacarlas, encontró la evansita y creyendo que era un nuevo regalo de su tío, se la colgó como si fuera un *pendentif*.

Cuando empezaron a llegar invitados, su tío y Evans, que eran los únicos que podían sacarla de aquel error, estaban ausentes, y Rosario lució toda la noche aquello que había tomado por una joya.

Vario se dió cuenta en seguida y desde entonces sus deseos fueron apoderarse de la evansita, a cuyo efecto avisó a los del yate, y una vez los tuvo allí le fué fácil robársela, apagando las luces.

Poco después llegaba Evans y se enteraba de lo ocurrido, con el consiguiente estupor.

— Lo que has perdido no era un diamante, sino la evansita... — exclamó al enterarse de todo.

— ¿Cuándo llegará tu tío? — preguntó después de una pausa.

Dijo que volvería antes de que acabara el baile y debe estar aquí de un momento a otro.

No tardó en presentarse Juan Kennedy. Evans le contó lo ocurrido, mientras con gran asombro suyo, su flemático amigo no cesaba de sonreírle.



— No, te la han robado. Sospecho que los ladrones se han llevado un gran desengaño, pues la evansita está en mi poder. Mirala... — dijo Kennedy al propio tiempo que la sacaba de uno de sus bolsillos.

— ¿Cómo es posible?

— No es nada extraño. Cuando yo venía hacia aquí encontré un auto sospechoso que salía de nuestro jardín. Registré a sus ocupantes y rescaté la evansita.

Varió y su hermana, que con el consiguiente estupor asistían a esta escena, comprendieron que una vez más habían fracasado. Varió se lamentaba de haber confiado aquel objeto a su ayudante, en previsión de ser registrados cuando los dueños se dieran cuenta de su falta.

## II

Desde aquel día, Evans redobló sus cuidados para poner su invento a cubierto de los ladrones. Había llegado al convencimiento de que lo más conveniente era esconderla cada día en un sitio diferente, pues el escondite más simple era el más seguro.

Una noche la guardó en la caja de los cigarrillos que tenía sobre la mesa de trabajo. Como de costumbre, guardó el estuche en un cajón. Aquella noche su chalet fué asaltado y Varió en persona se llevó el estuche sin preocuparse de mirar si en él había el elemento radioactivo.



— ¿Dónde tienes la evansita?

Al penetrar en la casa, los ladrones maniataron a Evans, encerrándolo en el cuarto ropero. Los exploradores que hacían guardia por las inmediaciones, al darse cuenta tocaron el pito de alarma y creyendo los de dentro que era la policía, huyeron precipitadamente. Con la confusión, uno de ellos dejó caer el quinqué y poco después la casa estaba ardiendo.

Los valerosos exploradores salvaron milagrosamente a su jefe y avisaron seguidamente a Kennedy.

Este llegó poco después en unión de Ro-



sario, la cual se tranquilizó mucho al ver que su novio estaba sano y salvo.

— Me temo que la mayor parte de mis planos y fórmulas hayan sido destruidos por el fuego, pero los ladrones no han conseguido lo que querían — dijo Evans a sus amigos.

Vario estaba despedido por sus consecutivos fracasos. Al día siguiente, por la mañana, se hallaban con su hermana y algunos individuos de la partida refugiados en una cabaña situada no muy lejos del campamento de los exploradores. Aquel sitio era conocido por Punta Roca.

— ¡Voy a conseguir la Evansita, antes de que concluya el día! — dijo a uno de sus secuaces.

— Tú, Roberto — añadió — vete al campamento de los exploradores y estropea el aparato de radio. Debes hacer esto antes de las nueve de la mañana.

— Tengo un plan nuevo — decía horas después a su hermana — y estoy seguro de que esta vez no he de fracasar.

Después de las nueve llamó por radiotelegrafía a casa de Kennedy. Creyendo que Enrique la llamaba para darle los buenos días, Rosario en persona fué al aparato. Allí se cruzaron estos mensajes :

« Enrique Evans, llama a Rosario. »

« Esta es Rosario. »

« Mando coche por ti. Ven al campamento sin decirlo a nadie. »

Creyendo que Enrique tendría sus motivos para decirle aquello, Rosario se dispuso a acatar sus órdenes al pie de la letra.

Mas a Benjamín le extrañó mucho la irropinada salida de su hermana a hora tan intempestiva y observó todos sus movimientos.

Poco después, un auto paraba ante la puerta y Rosario salió.

— ¿Viene usted de parte del señor Evans?

— preguntó al chófer, y como éste, que como el lector habrá sospechado no era otro que un enviado de Vario, le contestase afirmativamente, montó en el coche.

Benjamín, decidido a obrar por su cuenta, siguiendo hasta el fin aquella extraña aventura, se encaramó en la trasera.

El conductor tomó la carretera que conducía al campamento, pero pasó ante él de largo. Entonces Benjamín se dejó caer en mitad de la carretera y fué a dar aviso a Evans de lo que pasaba.

Entre los exploradores se encontraba Roberto Nawkins, el capitán de Vario, con orden de llevar hasta el fin la maquinación que aquél había fraguado. Roberto dijo que conocía el sitio hacia donde se dirigía el auto fugitivo. Evans montó en el suyo saliendo a toda velocidad hacia aquella dirección.

Entretanto, el auto en que Rosario iba secuestrada devoraba el camino a toda velocidad. Vario y su hermana, esta última disfrazado de vieja aldeana, vigilaban la llegada



de la prisionera, y cuando el auto paró frente a la casa, Florencia la recibió y con engaños se encerró con ella en una habitación de la cabaña.

Cuando Evans partió hacia Punta Roca, Roberto regresó a la ciudad para buscar a su tío y contarle lo ocurrido.

— ¿Qué señas tiene el chófer? — preguntó Kennedy cuando el joven concluyó su relato.

Roberto le dió todos los pormenores y poco después Kennedy estaba transformado con un asombroso parecido con el chófer.

— Ahora nos vamos hacia Punta Roca y rescataremos a tu hermana y Evans si éste ha caído, como me figuro, en la ratonera.

Evans ya había llegado a la cabaña de Punta Roca. No vió a nadie por los alrededores de la casa, pero en previsión de que aquello fuese una emboscada, dejó a Benjamín al cuidado del coche y se dirigió hacia allí con toda clase de precauciones.

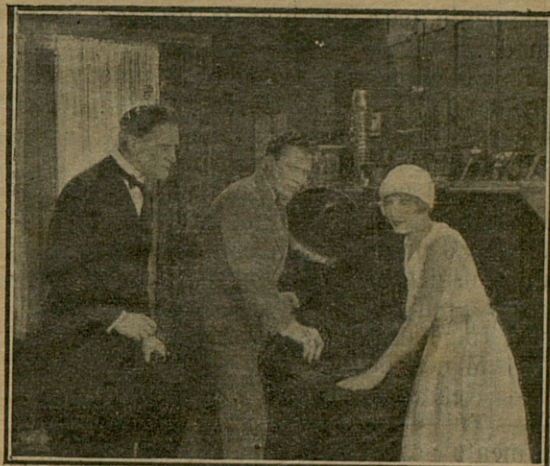
No bien había pisado los umbrales de la casa, tres hombres se arrojaron contra él, y después de una breve lucha, quedó maniatado.

— Esta es la mejor ocasión de entregar la evansita — le dijo uno de ellos, el chófer, precisamente.

— ¡Nunca lo conseguirán ustedes! — exclamó Evans.

— Peor para usted. Así no volverá a ver más a Rosario Adams.

Rosario, que se hallaba en la habitación



*Vé a reunirte con tu hermano y regresad inmediatamente al campamento...*

inmediata, habíase dado cuenta de la llegada de su novio y animada por ella concibió un plan que no tardó en realizar.

Al efecto, cuando más confiada estaba Florencia, su carcelera se abalanzó sobre ella y atándola de pies y manos le quitó el disfraz y se lo puso ella.

Evans también había aprovechado el tiempo, pues mientras sus enemigos trataban en vano de que les entregara la evansita, se había desprendido de las ligaduras y arrojándose sobre ellos empezó a luchar desespe-



radamente para recobrar la libertad de su amada.

En aquel momento llegaba Kennedy disfrazado, pero en cuanto Evans le vió aparecer en el umbral creyendo que era uno de sus enemigos, se lió con él a puñetazos.

Mas cuál no sería su sorpresa cuando reducido otra vez a la impotencia por la superioridad numérica de sus adversarios, el que consideraba un enemigo sacó una pistola y apuntando a los secuaces de Vario, gritó imperiosamente :

— ¡Manos arriba!

— ¡Kennedy! — exclamó Evans.

— ¡Tú! — gritó Rosario que en aquel momento acababa de salir del cuarto donde había dejado a Florencia.

Todos se reconocieron. Para no perder tiempo, Kennedy fué registrando uno por uno a los que habían intervenido en la contienda, pues en su transcurso habían quitado al inventor su codiciada evansita. Cuando la recobró, la entregó a su sobrino, ordenándole :

— Vé a reunirte con tu hermano y regresad inmediatamente al campamento de los exploradores. Allí nos reuniremos nosotros.

Los dos hermanos emprendían el regreso cuando el chófer, el verdadero, les salió a mitad de camino.

— Es nuestro tío — dijo Rosario.

— ¡Dadme la evansita! — exclamó el recién llegado.



*Entre los exploradores se encontraba Roberto Nawkins*

Sin sospechar que fuera uno de sus enemigos, Rosario le entregó el estuche que contenía la preciosa evansita y una vez la tuvo en su poder, el chófer se internó en el bosque.

Al poco rato Kennedy y Evans se reunían con ellos.

— ¿Dónde tienes la evansita? — preguntó Evans a su novia.

— Hace un momento que se la he dado a mi tío... — respondió Rosario.

— ¡No, a mí no! — exclamó Kennedy.

— ¿Tú no has venido hace un momento a pedírmela? — preguntó Rosario anhelante.



— ¡Apuesto cualquier cosa a que has confundido al verdadero chófer conmigo!  
Y, en efecto, así había sido.

### III

No muy lejos de la cabaña de Punta Roca había una casa ruinosa conocida por la Casa del Zorro.

Los escasos vecinos de aquellos alrededores decían que la Casa del Zorro era una guarida de duendes y excusaban pasar por sus inmediaciones.

Esta superstición no carecía de fundamento. Convenía a Vario y su partida mantener alejado de aquellas inmediaciones a todo ser viviente y habían encontrado un gran recurso dando varios sustos, con lo cual aquellas gentes ignorantes evitaban aproximarse a la Casa del Zorro.

Roberto Nawkins se divertía extraordinariamente gastando aquellas bromas. Aquel día, mientras en la cabaña de Punta Roca ocurrían los acontecimientos que acabamos de narrar, el joven consideró que la medida más prudente era cobijarse en la Casa del Zorro y desde allí esperar el resultado de los acontecimientos.

Habiéndose aproximado a aquella fatídica casa un muchacho que regresaba a la suya después de haber pasado la mañana pescando en el río, Roberto le asustó y salió en su per-



*Evans ya había llegado a la cabaña de Punta Roca...*

secución con tan mala fortuna, que cayó en un charco pantanoso, un fangal que quien caía en él no podía salvarse por sí solo, pues cuando más esfuerzos hacía más se hundía.



A todo esto Benjamín habíase propuesto encontrar al chófer que tan aviesamente se había apoderado de la evansita, y al efecto solicitó la ayuda de sus compañeros.

Cuando se disponían a explorar el bosque, al perseguido por Roberto les salió al encuentro despavorido y les contó lo que le había pasado.

— ¿No sabes tú que no hay duendes? ¡Pues mira dónde me ha mordido éste! — y diciendo esto señalaba un gran siete que se había hecho con una rama.

Entretanto, Roberto iba hundiéndose por momentos y cuando vió que estaba perdido, empezó a pedir auxilio. Los exploradores, que no estaban lejos, le oyeron y le sacaron de allí salvándole de una muerte cierta.

Enrique Evans y su novia que habían seguido a los exploradores con la esperanza de poder recuperar la evansita, se incorporaron a éstos.

Allí Roberto, comprendiendo que debía su vida a los exploradores, decidió reformarse y se ofreció para ayudar a Evans, llevándole a la casa de los duendes.

Como había probabilidades de recuperar la evansita accedió, y consciente del riesgo que corrían yendo por el camino, Roberto llevó a su nuevo amigo por un túnel.

Benjamín y Rosario siguieron explorando y movidos por la curiosidad entraron en la Casa del Zorro, donde fueron hechos prisioneros.



*Evans luchaba para defender su extraordinario invento*

neros por Vario y los suyos que se habían reunido, urgentemente llamados por Vario.

Minutos después Evans llegaba con Roberto y también era hecho prisionero. Vario y su partida estaban convencidos de que Nawkins había traído a Evans a la trampa intencionadamente.

— Este ha sido un acto de mucha inteligencia y has de recibir el premio que te corresponde — le dijo Vario.

En la habitación contigua se hallaban Rosario y Benjamín convenientemente custodiados.



— Evans : — dijo Vario al interpelado — de nada le sirve seguir luchando contra nosotros. Todavía estamos dispuestos a darle parte en el Sindicato.

— Rechazo la oferta — respondió Evans con displicencia. — He de seguir adelante hasta que mi evansita pueda producirse para todo el mundo.

Roberto Nawkins asistía silenciosamente a la escena y halló un medio para comunicarse con Evans transmitiéndole con los ojos por medio de la clave Morse :

— « Cuando yo me acerque a la salida, escape y ya le indicaré la salida. »

Gracias a esta estratagema, Evans pudo escapar con la evansita que cogió a un descuido de Vario. Estaba inquieto por la suerte de Rosario y Benjamín, pero éstos pudieron burlar a sus secuestradores y reunirse con su amigo.

Al día siguiente Evans recibió un mensaje del ingeniero Jaime Pedly que se hallaba en el corazón de la sierra haciendo exploraciones para encontrar en grandes cantidades la evansita.

En dicho despacho le comunicaba que había encontrado un gran depósito de evansita, encargándole que fuera al día siguiente para inscribir la propiedad de la mina en el registro de Caballo Blanco.

Pero como el aire no guarda secretos, Vario también recibió el mensaje que tanto repre-

sentaba para Enrique Evans, y llamando a uno de sus auxiliares, le dijo :

— Tenemos que detener a Evans. Si llegamos a Caballo Blanco antes que él, seremos nosotros quienes registraremos la propiedad de ese mineral y Evans estará perdido.

El ingeniero, por su parte, empezó los preparativos para marchar al día siguiente a reunirse con Pedly.

Después de largo viaje, llegaron al campamento del minero que ya les esperaba.

— He encontrado el mineral — dijo, después de cambiar los primeros saludos, — en una mina abandonada en la que hay muchas galerías.

— ¡Pensar las luchas que hemos sostenido por un pedazo de evansita, cuando pronto la habrá en tanta cantidad que estará al alcance de todos! — exclamó Evans.

Kennedy se había quedado en la ciudad, instalándose en Villa Radio, donde esperaba noticias de sus amigos.

Como la partida de Vario supusiera, no sin fundamento, que la evansita había quedado en su poder, tramaron un ardid, creyendo cosa fácil apoderarse del elemento radioactivo.

Al efecto, Florencia Vario se disfrazó de hombre y llamó a la puerta de Villa Radio. Kennedy salió a abrir.

— Soy Juan Levering, un amigo de Evans, que si usted recuerda telefoneó esta tarde.



— ¡Ah, sí! ¿Y qué quiere?

— Necesito sus consejos profesionales en un asunto de muchísima importancia...

Kennedy le hizo pasar y se sentaron.

Después, con ayuda de un aparato de su invención, hipnotizó a la joven.

— ¡Usted es Florencia Vario! ¿Verdad?

Ella hizo un signo de asentimiento.

— ¿Dónde está su hermano?

— Está persiguiendo a Evans. Tratará de robar los documentos de la mina y registrarla en su nombre...

No pudo terminar porque sus cómplices, que acechaban el momento oportuno para atacar a Kennedy, se arrojaron sobre él.

Cuando volvió en sí se encontró solo. Le faltaba la pieza de Evans que había dejado sobre la mesa, pero no hizo caso. Los ladrones se habían llevado una Evans falsa, fracasando una vez más.

En seguida cursó a su amigo el siguiente radiograma : « Evans, Vario te persigue. »

Cuando Evans recibió el mensaje se quedó sorprendido.

— Este Vario es incansable. No sé cómo diablo habrá podido enterarse de que estoy aquí, pero si viene, yo haré que regrese bien pronto.

Pedley y él habían pasado la mayor parte de la noche extendiendo los documentos necesarios para conseguir la propiedad de la mina. Pedley había trazado el plano de



*...De nada le sirve seguir luchando contra nosotros.:*

los terrenos a denunciar, guardándolos cuidadosamente en un sobre que entregó a su amigo.

— Mañana a primera hora — dijo Evans — cogeré el caballo y me iré con todos estos documentos a Caballo Blanco.

— ¿Se llevará usted consigo a la señorita Rosario? — preguntó Pedley.

— Desde luego. Creo que no conviene dejarla aquí por si los cómplices de Vario llegan durante mi ausencia.

Se echaron en los camastros de campaña con objeto de descansar todavía unas cuantas



horas. Rosario se había acostado después de cenar en una tienda contigua a la suya. Poco después todos dormían tranquilamente.

De pronto, Evans despertó sobresaltado. Creyó notar a lo lejos galopar de caballos e incorporándose, quedó con el oído alerta largo rato. El ruido de los cascos de caballos habían cesado, pero poco después, oyó pasos ahogados en la proximidad de la tienda.

Conforme había supuesto, eran los cómplices de Vario que llegaban con intenciones de sorprenderle. Llamó a Pedley para que le ayudase y a Rosario para que se pusiera a salvo.

Salió la joven de la tienda y entregándole el sobre que contenía los planos trazados por Pedley horas antes, Evans le dijo :

— Ocúltate en la mina.

Los asaltantes atacaron pero Evans y Pedley, repeliendo la agresión con valentía, los dispersaron. Cuando quedaron otra vez solos, Evans fué a buscar a su novia, la cual, temerosa de verse sorprendida por los ladrones, había huído por medio de unavagoneta aérea y al acudir en su auxilio los jóvenes, cayeron a una charca que atravesaba la línea aérea. Los planos se mojaron, quedando completamente inservibles.

— Pediremos a Pedley que haga otros en seguida — dijo resignadamente Evans. — Es el único que puede hacerlo sin tener que volver a examinar la propiedad.

Pero al llegar al campamento, vieron con el consiguiente asombro que Pedley había desaparecido.

Los secuaces de Vario le habían hecho prisionero.

Al mismo tiempo, a muchas millas de distancia Kennedy visitaba a Florencia Vario.

— Yo no vengo aquí como enemigo, sino como amigo — le dijo. — La ambición inmoderada de su hermano, privaría a la humanidad de una gran influencia civilizadora... Piense usted en lo que la radio representa para millones de personas, cuánta alegría, cuánta distracción, cuánta felicidad... Usted no puede permitir que esos planes prosperen. ¿Qué vale el dinero cuando representa la felicidad de tantos millones?

Fueron tan persuasivas las palabras de Kennedy, que Florencia comprendió la verdad.

— Tiene usted razón. Yo he de hacer lo que pueda para evitar que mi hermano lleve adelante sus planes.

En el campamento de Pedley, Evans se disponía a salvar al minero, suponiendo que había caído en manos de sus enemigos.

Al amanecer empezó a recorrer el bosque, no tardando mucho en descubrir a su amigo guardado por dos de los asaltantes. Como hablar con él era de todo punto imposible, con ayuda de un hacha, Evans le dió instrucciones golpeando sobre una roca usando la clave Morse.



«Prepare documentos y entréguelos a Vario. Nosotros haremos el resto. Enrique Evans.»

Pedley, que al principio se resistía a extender el nuevo plano, manifestó a sus secuestradores que había cambiado de parecer y cuando estuvo listo el nuevo croquis, Vario lo cogió y montando en el caballo se dirigió hacia Caballo Blanco.

El sitio en cuestión estaba a poca distancia del campamento de Pedley. Evans montó a caballo emprendiendo una vertiginosa persecución de Vario.

Poco después le alcanzó y tras una breve lucha se apoderó de los documentos.

Para complicar más las cosas, el bosque se había incendiado. Tras ímprobos esfuerzos Evans pudo librar a su novia milagrosamente del voraz elemento, y cuando la tuvo a salvo, le dijo :

— Tenemos que presentar estos documentos en el registro de la propiedad. Llévalos tú y en caso de dificultad, yo me encargaré de detener a Vario.

Rosario salió hacia Caballo Blanco. A medio camino encontró a su tío que acudía en su auto en ayuda de ellos.

Con Kennedy iba Florencia, la hermana de Vario. Kennedy explicó a la joven lo ocurrido y las dos muchachas se estrecharon la mano en prueba de amistad. Después Rosario explicó el encargo que Evans le había hecho.



*Evans pudo librar a su novia milagrosamente...*

— Tú y Florencia volved en busca de Evans y yo iré a entregar los documentos.

Entretanto Evans y Vario habían vuelto a encontrarse y después de encarnizada lucha, el adversario del ingeniero cayó al fondo de un precipicio.

Florencia y Rosario se reunieron con Evans al poco rato.

— ¿Dónde está mi hermano? — preguntó Florencia.

— Su hermano ha caído en el barranco... — dijo Evans impresionado.

— No era más que mi hermanastro — exclamó tristemente Florencia después de en-



jugarse una lágrima — y me obligó a que le ayudara en sus asuntos... Ahora lo ha expiado todo.

Aquella misma mañana quedó registrada la propiedad de la mina de Evansita a favor de Enrique Evans, y todos regresaron a la ciudad.

Algunos días después, Roberto era nombrado explorador de primera clase con las formalidades de rigor. El joven había aprendido las ventajas que reserva a los muchachos honrados la sociedad y habíase hecho propósitos de no servir más de instrumento del mal. La ceremonia tuvo lugar en el campamento y asistieron Rosario, Florencia, Kennedy y todas sus amistades.

— Después de obtener la categoría de primera clase, tienes derecho a ganar los premios de mérito — le dijo Evans después de colocarle la insignia.

\* \* \*

Una vez pasados y olvidados los días de lucha, la Evansita llevó a los hogares más distantes su mensaje de felicidad.

El sensacional invento del padre de Evans, perfeccionado por éste, fué asequible a las fortunas más modestas, tal como se habían propuesto sus inventores.

Meses después Rosario Adams y Enrique Evans se unían en matrimonio. Rosario,



*Tras grandes esfuerzos pudo ponerse a salvo...*

que estaba más bella y resplandeciente que nunca, se consideraba la más feliz de todas las mujeres. Enrique también se sentía plenamente dichoso.



No faltaron a ese acto la patrulla de exploradores que compartían la felicidad de sus amigos con el mismo entusiasmo con que antes habían participado de sus adversidades y entre los valientes muchachos no faltaba Roberto Nawkins, que enfundado en un flamante terno y deslumbrado por el aparato de la ceremonia, seguía sus incidencias con marcada curiosidad...

Cuando el pastor hubo cumplido su misión, los recién casados recibieron los parabienes de todos sus amigos y montando en el auto que esperaba a la puerta, emprendieron veloz carrera, camino de la felicidad.

FIN



# BIBLIOTECA ENCANTO

## TOMOS PUBLICADOS

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA  
por Clovis Eimeric
- 2 AMOR QUE NO MUERE  
Traducción por Ricardo Prieto
- 3 ¿ DÓNDE HALLAR UN NOVIO ?  
por Clovis Eimeric
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR  
por Antonio Guardiola
- 5 EL HEROICO DON JUAN  
por Clovis Eimeric
- 6 CORAZÓN DORMIDO  
por Ricardo Prieto
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...  
por Clovis Eimeric
- 8 AGUA MANSA  
por Ricardo Prieto
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO  
por Clovis Eimeric
- 10 CORAZONES UNIDOS  
por Pedro Nimio

**PRECIO: 60 CÉNTIMOS**